

Curas que luchan por la justicia social

Los modos de algunos sacerdotes de animar y servir a las comunidades cristianas en este siglo XXI, plagado de incertidumbre y desorientación, a menudo, generan incomprendiones, incluso hostilidad, dentro y fuera de la Iglesia.



José Luis Palacios

Redactor jefe de
Noticias Obreras

✉ @jlpalas

En su día ocurrió con quienes se salieron de la norma por fidelidad a su fe y cercanía a la figura de Jesucristo, basta recordar en no tan lejano caso de los curas obreros.

El cura antidesahucios, **Joaquín Sánchez**, no tiene una explicación para su vocación, aunque reconoce que le caló «vivir un ambiente eclesial donde se luchaba por la justicia y por la democracia», lo que despertó en él un deseo de «dedicación total y exclusiva a aliviar, en lo posible, el sufrimiento humano».

En parecidos términos, se manifiesta **Javier Baeza**, al frente de San Carlos Borromeo, canónicamente, un centro pastoral y, socialmente, un referente y sede de infinidad de causas sociales. Desde joven se «vinculó» con movimientos sociales como la Coordinadora de Barrios y conoció a personalidades tan relevantes como Enrique de Castro.

Mario Picazo, de Santa María Micaela, en la zona norte de Granada, también menciona aquella «efervescencia eclesial muy interesante», que también se daba en la sociedad civil,

como «un momento de ilusión y esperanza con la transición y consolidación de la democracia» y su formación en «las líneas y planteamientos del Concilio Vaticano II», sin olvidarse de sus referentes, «personas muy coherentes y con opciones evangélicas muy claras».

Por su parte, el presbítero que pertenece a la Asociación de Sacerdotes del Prado, **Pepe Baena**, con una larga trayectoria animando comunidades y movimientos eclesiales del mundo obrero, admite que comenzó a ir a la parroquia de Santa Engracia de Prosperitat, en un barrio obrero de Barcelona, «en busca de chicas», aunque añade que se encontró con «unos cuantos curas de calle que trastocaron mi imagen escéptica sobre la Iglesia».

El paso por el seminario, al coincidir con formadores y compañeros con visiones tradicionalistas y devocionales de lo que debía ser un sacerdote, así como la involución posconciliar de la Iglesia, les planteó muchas dudas sobre sus apuestas personales, que cada cual resolvió como mejor supo.

También su idea inicial de lo que iba a ser su desempeño del ministerio ordenado ha ido evolucionando. Baena considera que ha ido pasando «desde la exigencia y la pasión a la paciencia y la compasión» y confiesa,

«ya no machaco sino propongo». «He aprendido a respetar procesos en las personas y a amarlas por lo que son y no por lo que yo quisiera que fueran», apostilla.

Joaquín Castellón, también del Prado, actualmente párroco de San José Obrero en la localidad sevillana de San Juan de Alfarche, involucrado en la pastoral con migrantes e incluso animador de un grupo de chinos católicos, vivía el sacerdocio, al principio, con la ilusión de quien cree que todo es posible con buena voluntad, hasta comprender que «la pastoral exige paciencia, encarnación y asumir los ritmos reales de las personas». Como él mismo dice, «la encarnación es poner tu reloj a la hora del reloj del pueblo».

Así, ha pasado de la lógica de la construcción, de hacer cosas, a la de la semilla: «sembrar con fidelidad, sin la ansiedad del resultado inmediato».

Lo que en él no ha cambiado es su visión del sacerdocio como un camino de «cercanía con los pobres», desde la convicción de que «el anuncio del Evangelio debe encarnarse en sus vidas».

Mario afirma haber aprendido de «sacerdotes y mujeres de fe» que le han ayudado a conocer a Jesús, «de quien ando enamorado desde hace

mucho tiempo, ellos y ellas me transmitieron una experiencia de fe que me hizo interesarme por Jesús y por los pobres. Cada día he vivido esta relación con el Señor como una gracia y una fuente de inspiración».

Baeza se siente hoy muy alejado de la figura tradicional que presenta al sacerdote como «cabeza de Cristo». Lo suyo es estar «con la comunidad» y «tomar decisiones, no por mayoría, sino por consenso».

Reconoce incomodidad en «ciertas expresiones religiosas más formales», aunque sigue acompañando a muchas personas que se sentían marginadas por la Iglesia, además de por la sociedad. «Ser cura es más escuchar y acompañar que juzgar o imponer. Me siento seguidor del Evangelio, no tanto representante de una institución», confiesa.

El cura murciano, igualmente, ha dejado atrás la imagen estructurada y tradicional para ejercer su ministerio de una forma «encarnada, cercana al pueblo y basada en el servicio». Dice con claridad que, si algún día le obligaran a hacer cosas contrarias al Evangelio o al Reino de Dios, dejaría el sacerdocio.

«La fe implica coherencia y compromiso y ejercicio responsable de la libertad», dice Sánchez, quien trata de «no juzgar sino de escuchar», como le enseñó un preso por haberle prestado atención en vez de interrogarle.

Castellón no ha perdido su mirada esperanza sobre su ministerio y «vive con alegría la labor de acompañar a comunidades diversas». Pero reconoce que, a veces, surgen conflictos, en su caso, no tanto con la jerarquía, como dentro de los grupos.

«Cuando empatizas con las luchas y las reivindicaciones de una parte, se generan suspicacias, pero a mí los conflictos no me afectan, ni me molestan, ni me preocupan...», exclama



No basta con ordenar mujeres, si es para reproducir el mismo esquema. Hay que cambiar el fondo: que las comunidades elijan a quienes las presiden

ma este Castellón, quien entiende que su labor como sacerdote es «entender y comprender a todos» y fomentar «la amabilidad» entre quienes piensan diferente y tienen posturas enfrentadas.

La sensación común a estos sacerdotes es que el papa Francisco, de algún modo, a traído aire fresco a la Iglesia y respalda sus maneras de entender y ejercer su vocación. La doctrina no ha cambiado y las reformas prácticas no han superado los límites clásicos, pero ha abierto muchas ventanas con «la fuerza de sus gestos y su tono cercano, compasivo y valiente». Francisco ha sido «muy profético al hablar con claridad sobre los pobres y la injusticia y eso ha abierto caminos nuevos dentro de la Iglesia», admite Castellón.

Su tocayo, Joaquín Sánchez, no oculta su opinión sobre la necesidad de transformar el modelo actual de sacerdocio y repensar las estructuras. El sacerdocio debe vivirse desde «la libertad interior, la coherencia con el Evangelio y el servicio a los demás, con una clara orientación comunitaria, menos centrado en el poder y más en el acompañamiento».

Baeza se expresa más contundente al dar por agotado el modelo actual. «No basta con ordenar mujeres, si es para reproducir el mismo esquema. Hay que cambiar el fondo: que las comunidades elijan a quienes las presiden, sin importar el género o el estado clerical».

«El futuro pasa por despojarnos del miedo. Hay mucha gente valiosa en

la Iglesia, pero aún atrapada en las estructuras», piensa, por lo que afirma que «no necesitamos que la autoridad bendiga los cambios para empezar a hacerlos. A veces hay que caminar primero para luego que llegue la bendición si tiene que llegar».

Después de todo, muchas de las prácticas y de las orientaciones de las parroquias, comunidades y grupos que, en un principio, podrían parecer muy osadas se han ido generalizando o compartiendo.

Mario plantea que «desde una mirada de fe, creo que estamos asistiendo al momento del alba, el amanecer, aunque todavía nos enreden las tinieblas que se resisten a retroceder y perdamos pie ante la incertidumbre por lo nuevo».

«La llamada de Dios a la vida es más fuerte que la muerte y sus cómplices. El Espíritu, sin duda, continúa abriendo caminos inéditos con nosotros o a pesar nuestro, dentro de la Iglesia y fuera», completa el cura de Granada.

Para Baena, «el gran reto es reaprender a acompañar comunidades pequeñas y pobres como las piedras preciosas del Evangelio y no perder tanto la cabeza para mantener piedras muertas». ●

TÚ CUENTAS

Manda tu historia o danos una pista

 redaccion@noticiasobreras.es

 91 701 40 82

 629 862 283

